

La Historia de las Mujeres en la Edad Media. Entrevista con María del Carmen García Herrero

Women's History in the Middle Ages.
Interview with María del Carmen García Herrero

Mario Lafuente Gómez

Universidad de Zaragoza
mariolg@unizar.es

Recibido el 10 de julio de 2021

Aceptado el 30 de setiembre de 2021

BIBLID [1134-6396(2021)28:2; 629-645]

<http://dx.doi.org/10.30827/arenal.v28i2.21747>

María del Carmen García Herrero (Madrid, 1959) es Catedrática jubilada de Historia Medieval en la Universidad de Zaragoza, donde ha ejercido la docencia y la investigación durante más de treinta y cinco años. Licenciada en Geografía e Historia por la Universidad Complutense de Madrid (1981), inició su carrera investigadora en la Universidad de Zaragoza, institución en la que realizó su tesis doctoral, publicada con el título *Las mujeres de Zaragoza en el siglo XV* (1987). Con este trabajo, editado en dos ocasiones y considerado una obra de referencia en la materia, la Dra. García Herrero participó activamente en la introducción de la Historia de las mujeres en la historiografía española de tema medieval, y contribuyó a poner algunas de las bases teóricas y metodológicas fundamentales en el desarrollo de este campo de estudio.

Desde esa etapa inicial, su carrera se ha caracterizado por una intensa implicación con la tarea de reconocer y visibilizar las acciones de las mujeres del pasado medieval, tanto en el plano docente como en el investigador, y varias generaciones de historiadoras e historiadores reconocen su magisterio como parte esencial de su formación universitaria. En su obra, ha prestado atención a mujeres del común y de las elites urbanas, a nobles y reinas, a judías y musulmanas. Ha trabajado sobre artesanas, obreras y campesinas, pero también sobre artistas y mujeres de religión, parteras, criadas, sirvientas, nodrizas, prostitutas, árbitras y un largo etcétera de mujeres que hoy conocemos por sus nombres y apellidos, como la pintora Violant de Algaraví o la madrina Salinas.

En estas páginas, realizamos una entrevista a María del Carmen García Herrero con objeto de conocer de primera mano su experiencia como historiadora

y profesora de Historia de las mujeres durante las últimas décadas. Conversamos con ella en Zaragoza, en el salón de su casa, el 7 de julio de 2021.

Mario Lafuente Gómez (MLG): En las palabras previas a su libro *Del nacer y el vivir*, afirma que las raíces de sus trabajos “se hunden en el tiempo fértil y hermoso del espliego, los girasoles, las dalias y los calabacines”. Con ellas remite a su infancia en Langa de Duero (Soria), ¿cómo influyó aquella etapa de aprendizaje vital en su vocación por la Historia?

María del Carmen García Herrero (MCGH): Sí, sí, evoco el campo y el huerto de mi abuelo Pepe... Durante mi infancia y adolescencia pasé muchas temporadas a la sombra de un castillo medieval de la provincia de Soria en el límite con Burgos, en una zona de extraordinaria riqueza histórica y arqueológica. Nunca tuve ocasión de aburrirme, pues siempre podía subir al castillo, ir hasta las ruinas de unas iglesias románicas o pasear por los campos recién arados buscando, en el nivel de revuelto, fragmentos de cerámica, a veces con motivos tan bellos que me dejaban anonadada. Pasaba mucho tiempo pensando en las personas que habían dejado aquellos restos tan hermosos. No me cansaba de escuchar “historias” de las gentes del pueblo que observaban, hoy puedo decir que con cariño y a veces con bastante guasa, cómo cogía la bicicleta y me personaba rauda y veloz allí en donde me decían que habían aparecido unos muros, unos mosaicos, un puñal o unos túneles que tal vez conectaban el castillo de Langa con el de Peñaranda.

Por otra parte, soy hija de un padre enamorado de la Historia y del Arte. Y me parece justo y bonito recordar cómo mi padre, que en paz descase, tal vez sin proponérselo, estimuló mi vocación. Recuerdo que cuando tenía 9 años hicimos un viaje familiar a Galicia. En la catedral de Orense, mi padre me llevó a ver el Pórtico del Cielo, y me dijo: —“Fíjate bien para que lo recuerdes cuando lleguemos al Pórtico de la Gloria”.

Esa invitación paterna: fíjate bien y compara, u observa y compara, me ha acompañado en mi tarea como investigadora.

MLG: ¿Recuerda cuáles fueron sus primeras experiencias y lecturas en el instituto? ¿Alguna de ellas le marcó especialmente?

MCGH: Tuve la inmensa suerte de estudiar en el Instituto Lope de Vega desde los 8 hasta los 17 años, es decir, desde Preparatoria hasta COU. Era uno de los mejores institutos femeninos de Madrid. Había un profesorado extraordinario en casi todas las materias, además de la entrañable Señorita Rosa, mi maestra de Preparatoria e Ingreso, a quien tanto debo por su cariño y fe en mí.

Me resulta muy difícil elegir, pero voy a citar tres experiencias que me dejaron huella. Una fue participar en los grupos de teatro desde los 9 años. En tercero de bachillerato me escogieron para formar parte del coro de *Antígona* de Sófocles. La última obra que representamos, ya en COU, fue *La casa de Bernarda Alba* (yo hice de madre de Bernarda). Aquellas lecturas de preparación para entender el

texto, las tardes de ensayo e interminables conversaciones, la emoción de construir los decorados y del estreno... ¡vivencias inolvidables! y siempre con profesorado involucrado para que todo saliera bien.

Por otra parte, recuerdo con verdadera admiración y gratitud las visitas al Museo del Prado con Don Antonio Fernández García, nuestro profesor de Historia del Arte. Todos los miércoles, a mediodía, tomábamos el metro a todo correr para visitar, en un Museo prácticamente vacío, el cuadro o la sala que correspondiera. Aprendí y disfruté muchísimo.

También me acuerdo, ¡cómo no! de mi primer viaje al extranjero con los profesores Zaragoza, Fernández García y Barce. Entre otros lugares fuimos a Brujas y Gante, y allí, con 15 años, descubrí deslumbrada a los primitivos flamencos. Probablemente mi amor y mi interés por la iconografía medieval enraíce en aquel viaje. Sí, es posible.

En cuanto a las lecturas, tres libros me marcaron profundamente: *Dioses, tumbas y sabios* de Ceram, del que no me separaba ni a sol ni a sombra porque me hacía soñar. *Principios de urbanismo*, de Le Corbusier, que consideré mi primera lectura “seria”, y *Tristes trópicos*, de Levy-Strauss, tan sugerente, que me regalaron cuando cumplí 17 años. Desde tercero de bachillerato me acostumbré a frecuentar bibliotecas porque sentía pasión por aprender y me encantaban la Historia y la Literatura.

MLG: Estudió la Licenciatura de Filosofía y Letras en la Universidad Complutense en un momento de ebullición política y social en España. ¿Cómo recuerda aquella etapa?

MCGH: Eran tiempos recios. En los tres primeros años de la carrera murieron tres estudiantes en Madrid, dos en enero de 1977 y un muchacho en el Retiro en 1979. En primero de la carrera fue la matanza de Atocha; en quinto, el intento de golpe de estado de Tejero. He vuelto a recordar aquellos días hace poco con mis amigos y amigos de los años de Comunes, puesto que no vamos a celebrar los cuarenta años de nuestra licenciatura. Fue un período durísimo, pero también lleno de esperanza y de ilusión por construir la democracia. Soñábamos con un mundo mejor: vivimos el movimiento asambleario, participábamos en los paros y las manifestaciones, y, mientras tanto, en las clases, al menos en las de mi curso y grupo, era como si no estuviera sucediendo nada. De hecho, ni siquiera rozamos la Historia del siglo XX. En Contemporánea de Tercero solamente estudiamos el siglo XIX español. Quizás había una voluntad de no caldear más un ambiente estudiantil que ya estaba muy crispado. Desde luego mis padres y mis abuelos, en ocasiones, dejaban escapar su miedo a que “me pasara algo”.

MLG: Usted realizó la Memoria de Licenciatura sobre Historia económica, pero su Tesis Doctoral ya versó sobre Historia de las mujeres, ¿cómo y por qué se produjo este cambio de rumbo?

MCGH: Mi Tesina estuvo dedicada al estudio del comercio entre Castilla y Aragón a mediados del siglo xv. Recién licenciada, con 22 años, estaba firmemente convencida de que la historia económica era la que mejor me ayudaría a comprender (y mejorar) el mundo que me había tocado vivir. Por otro lado, tenía verdadero interés en que mi estudio se centrara en el contacto de los reinos de Castilla y de Aragón en un contexto de paz, de manera que la propuesta del Dr. Sesma Muñoz de analizar el Libro de la Aduana de Calatayud de 1445-1446 me pareció espléndida, por ello me entregué al estudio de los más de mil productos que cruzaron las fronteras en ambas direcciones con verdadero ahínco. Ahora bien, en el acto de defensa de la Memoria de Licenciatura, en la Complutense, un miembro del tribunal, tras alabar el trabajo, señaló que le hubiera gustado saber más sobre los mercaderes. Y yo pensé que a mí también. Entre otras cosas, me había quedado muy sorprendida e intrigada al ver que algunos de ellos, al regresar a Aragón desde la feria de Medina del Campo, portaban, además de mercancías adquiridas en Castilla, una muñeca, una pelota o un indeterminado juguete o juguetico por los que no pagaban impuestos... aquello me recordó los viajes de regreso de mi padre, cuando trataba de mitigar mi pena por sus ausencias laborales, trayéndome algún regalo. En el momento en el que el Dr. Sesma Muñoz me propuso trabajar sobre las mujeres de Zaragoza en el siglo xv abracé la idea con entusiasmo, y leí todo lo que me fue posible tanto en la biblioteca de Medieval como en la del Paraninfo, en la del Departamento de Arte y en la de Derecho Canónico. También hice visitas periódicas a la Biblioteca Nacional de Madrid.

MLG: Cuando comenzó su tesis doctoral, la Historia de las mujeres era una línea de trabajo bastante consolidada a nivel internacional, pero todavía en ciernes en nuestro país. ¿Cuáles eran sus referentes historiográficos y metodológicos?

MCGH: Para mí un libro fundamental desde el primer momento fue *Les barcelonines a les darrerries de L'Edat Mitjana* de Teresa Vinyoles i Vidal, obra pionera publicada en 1976, que evidenciaba que era posible hacer una Historia de las mujeres de la Edad Media hispana sólidamente documentada. En quinto curso, por sugerencia del Dr. Ladero Quesada, leí *Mujeres medievales* de Eileen Power, que me gustó mucho, y en la bibliografía de la Dra. Segura Graíño figuraba *María de Molina, tres veces reina* de Mercedes Gaibrois, un libro espectacular. Durante el tiempo de elaboración de la Tesis me ayudaron muchísimo, entre otras lecturas, los trabajos de Christiane Klapisch Zuber, los de David Herlihy y el libro que escribieron juntos, *Les toscans et leurs familles*. También resultaron muy estimulantes las indagaciones sobre la familia de Jean-Louis Flandrin y Peter Laslett, y los libros de Regine Pernoud. Desde 1981 se celebraron y publicaron las Jornadas de investigación interdisciplinaria dedicadas a la Historia de las mujeres en España, en la Universidad Autónoma de Madrid, y en 1982 nació el Centre d'Investigació Històrica de la Dona, de la Universidad de Barcelona. También en 1983 tuve oportunidad de asistir, en Madrid, al Coloquio hispano-francés sobre la

condición de la mujer en la Edad Media. Luego habría algunos años muy fértiles, posteriores a la defensa de mi Tesis Doctoral (1987), en los que cabría destacar la labor realizada desde la Asociación Cultural Al-Mudayna, en la Universidad Complutense de Madrid. Estoy segura de que hubo muchas otras iniciativas interesantes, y pido disculpas si las estoy omitiendo, pero recuerdo especialmente aquellas de los inicios en las que participé activamente.

MLG: Quienes hemos sido alumnos suyos, tenemos muy claro que “no se encuentra aquello que no se busca”, esa manera tan categórica de expresar la necesidad de tener claro un objeto de estudio y de saber interpretar las fuentes para reconocerlo. Cuando estaba trabajando en su tesis, ¿qué era lo que buscaba exactamente?

MCGH: Al principio, cuando comencé a bajar al sótano del Colegio de Notarios, sencillamente buscaba mujeres. Sonríe al recordar a un eminente profesor, ya fallecido, que preguntó al Dr. Sesma Muñoz por qué había propuesto a la madrileña realizar una tesis sobre las mujeres en Zaragoza en el siglo XV, cuando, a su juicio, el tema no era viable. Él había pasado muchísimas horas entre protocolos notariales, pero apenas las había visto porque es difícil encontrar lo que no se busca. (*Sonríe*).

En menos de una semana de trabajo en el Archivo supe que el problema no sería la escasez de testimonios sino el exceso de los mismos. El primer protocolo que manejé, de Juan Blasco de Azuara, me hizo topar con un mundo femenino tan variado, inesperado y rico, que, al llegar al folio 770 (¡eso lo recuerdo como si fuera hoy!), pedí una tutoría al Dr. Sesma para decirle que tendría que dejar fuera de la tesis a las religiosas, o el tiempo de la beca de investigación del Ministerio se agotaría sin comprender casi nada de las vidas de las laicas. Poco después mi investigación se focalizaba en las cristianas, aunque sin desechar a las mujeres de las minorías. Se imponía la necesidad de acotar. También supimos pronto que sería una tesis “impresionista”, pues entonces había tanto por explorar y por describir que la multitud de frentes abiertos imposibilitaba la revisión de todos los protocolos del siglo. Por otra parte, y gracias a una perseverancia casi patológica, conseguí acceder a una riquísima documentación municipal que entonces no circulaba: los llamados procesos de los jurados. Hoy sé (aunque en su día sufrí mucho por ello) que me favoreció el que se me vetara caprichosamente el acceso a la documentación del Archivo Diocesano, pues de lo contrario creo que aún seguiría haciendo la tesis. (*Ríe*). Así mismo y afortunadamente Ángel Sesma fue muy firme conmigo en lo tocante al Archivo de la Corona de Aragón. Estuve un par de semanas en Barcelona, pero tuve que agachar la cabeza, darle la razón y desistir. No obstante, encontré un documento fascinante sobre Gracia Lanaja emitido por la reina María de Castilla, y una intervención de la soberana en Sariñena que he analizado en un trabajo que se encuentra en prensa.

Puestos ya los límites, procuré documentar y entender las diferentes etapas de las vidas de las mujeres de los distintos grupos sociales y los hitos de cada una de

ellas, desde su llegada al mundo —y aún antes— hasta su muerte. Alguien afirmó después que había escrito una gran biografía colectiva.

MLG: Hace unas semanas, en el programa Hoy por Hoy de la Cadena SER, Javier Traité leyó y comentó algunos fragmentos de la carta de parto de Isabel de la Caballería, a partir del trabajo que usted realizó precisamente mientras elaboraba su tesis doctoral. ¿Se imaginaba entonces la enorme relevancia que iba a cobrar aquel hallazgo y su investigación?

MCGH: Fui consciente de encontrarme ante un documento importantísimo porque la bibliografía de entonces (sobre todo la de Jacques Gélis) me había enseñado que las primeras descripciones de partos, fuera de la literatura médica, se habían registrado en los siglos XVIII y XIX. En aquellos tiempos, cuando no había un criterio claro sobre quiénes podían reproducir los documentos del Archivo de Protocolos, no encontré otra salida que pedir a una compañera muy querida que fuera conmigo a ver la fuente y me ayudara en la lectura de aquel maravilloso documento escrito con una letra temblorosa y endiablada. En la primera transcripción, entre otros fallos, leí mal la palabra “melico”, ombbligo en aragonés, que entonces desconocía. Años después, cuando la Dra. Montserrat Cabré me llamó para decirme que se disponía a traducir la carta pública de parto al inglés para subirla a la red, le advertí de aquel error. La carta de parto de Isabel de la Caballería se ha reproducido hasta la saciedad en antologías de textos, documentales, páginas de internet, etc., y me siento muy orgullosa de que la Madrina Salinas cuente hoy con una calle dedicada a ella en Zaragoza. Sí, fue un hallazgo emocionante, pero ha habido otros...

MLG: ¿Por ejemplo?

MCGH: La constatación de que los tribunales eclesiásticos aragoneses bajo-medievales dieron por válidos los matrimonios en los que la testigo principal de la mutua entrega de los contrayentes había sido una mujer, de modo que, además de los enlaces ante dos o más testigos “por mano de cura” o “por mano de notario”, podemos afirmar rotundamente que hubo matrimonios legítimos realizados “por mano de mujer”.

MLG: Aunque Isabel de la Caballería era una mujer potentada en la Zaragoza de finales del siglo XV, en sus primeras investigaciones los grupos populares tienen un marcado protagonismo. ¿Se trata de una elección consciente? ¿Se considera una historiadora influenciada por aquella vertiente de la Historia social que se denominó “Historia desde abajo”?

MCGH: Sí, claro que fue una elección consciente. Al iniciarme en la investigación en Historia social tenía una verdadera voluntad —que sigue intacta, por cierto— de que mi trabajo sirviera para dar voz a las gentes sin voz. En ese sentido hacer Historia de las mujeres era fijar la atención en generaciones y ge-

neraciones de niñas, jóvenes, mujeres maduras y ancianas que estaban ocultas, veladas, olvidadas e incomprensidas, no tanto o no solo por la Historia, puesto que los testimonios se encontraban ahí, disponibles y esperándonos, sino por la escritura de la Historia y la historiografía, pues no se había reparado en ellas, en sus experiencias y en sus aportaciones. Recuerdo, por ejemplo, la sensación de comprender en profundidad la mañana en la que leí el testamento de Juana García, un documento de 1446. Juana, gravemente enferma, era una viuda de edad avanzada que tenía dos nietos. El notario inició la última voluntad escribiendo: “yo, Johanya Garcia, muller de...”, pero ella le hizo corregir la presentación para que insertase su oficio, de modo que finalmente el documento adquirió esta forma: “yo, Johannya Garcia, aguardentera, muller de Berholomeu Cit, quondam...”. A Juana le importaba resaltar su cualificación profesional que, además, conllevaba su autonomía económica.

Para escuchar lo apenas audible, la voz de las gentes sin voz, se trata de educar el oído, leer despacio, con paciencia, e intentar hilar fino, concediendo al testimonio el tiempo que requiera para ser comprendido. Eso nos lleva a saber cada vez más de las mujeres medievales de modo que se van rompiendo las ideas preconcebidas y se agrietan tópicos como el que en 1981 sostenía que en la Edad Media ellas solo tenían dos salidas, el matrimonio o el convento; o la muletilla que reiteraba que a las mujeres las conocíamos solo por la referencia a los varones de su familia, es decir, por ser hija de, mujer de, viuda de... Verá, puesto que sabemos que eso no se cumple siempre, se impone releer, revisar y prestar más atención. No hace muchos años, por ejemplo, conocí a la médica (“megessa”) Caterina López, que, en 1432, en Calatayud, obtuvo una licencia de María de Castilla para ejercer la medicina, continuar curando y elaborando medicinas. En el documento no se menciona en ningún momento su estado civil, algo irrelevante para el caso, pero sí se explicita que algunos médicos y cirujanos están intentando obstaculizar su ejercicio profesional porque sienten envidia de ella. Sí, me apasiona la Historia de las gentes del común.

MLG: Ese componente social de su investigación es muy significativo en sus estudios sobre trabajo femenino. En este campo, su compromiso por visibilizar a las mujeres del pasado medieval le ha permitido localizar y nombrar a profesionales de un amplio abanico de actividades laborales, a partir del manejo de un repertorio igualmente diverso de fuentes primarias. Desde la iconografía al derecho, pasando por la literatura y los siempre heterogéneos e imprevisibles protocolos notariales, todos estos registros le han servido para explicar la aportación femenina a la economía medieval. ¿Cómo llegó a incorporar cada una de esas fuentes?

MCGH: Creo que son diferentes vías heurísticas que pueden y deben converger para proporcionar una visión lo más completa posible de una realidad mucho más compleja y difícil de entender de lo que solemos suponer. Por ejemplo, en lo tocante a las mujeres y la construcción, el primer atisbo lo encuentro en segundo

de la carrera al leer un relato de *El conde Lucanor* que menciona a una mujer que hace adobes. El siguiente testimonio que llama mi atención, muchos años después, aparece en fuentes escritas inéditas y publicadas: los libros de los merinos de Zaragoza, los libros de cuentas de las fábricas de las parroquias, la contabilidad de los maestros de casas, la documentación municipal, los albaranes de cobro, etc. Por último, en una visita a la catedral de Teruel, reparo en la trabajadora o trabajadoras que amasan e izan materiales y están representadas en la techumbre mudéjar. Sin embargo, y esto es interesante y nos remite a la necesidad de aguzar los sentidos y no cerrar puertas, en las miniaturas que describen la erección de las iglesias góticas, todavía no he localizado albañiles entre los trabajadores. Sin embargo, sabemos que estuvieron allí. De hecho, un tercio de la plantilla de los obreros de la Seo de Zaragoza, en el período bajomedieval que se ha estudiado, fueron mujeres.

Le aseguro que no pretendía ser provocadora cuando afirmé que hay que presuponer la actividad femenina en todos los oficios, en todos, y que se debe demostrar que las mujeres no ejercieron alguno concreto, y no lo contrario, como se viene haciendo, puesto que en cuanto las buscamos, las hallamos por doquier, aunque las ordenanzas del oficio de turno puedan estar redactadas en masculino singular o plural.

MLG: Si los grupos populares son un denominador común en buena parte de su carrera investigadora, otro elemento clave es el interés por el estudio de las relaciones forjadas en el seno de la familia. Sus trabajos sobre capitulaciones matrimoniales, viudedad o Historia de la infancia son pioneros y concluyentes en muchos sentidos. ¿Qué aspectos del pasado le ha permitido desvelar ese interés por los espacios más íntimos de las relaciones humanas?

MCGH: Los espacios más íntimos de las relaciones humanas nos conducen directamente a la vida. Ángela Muñoz Fernández en su generoso prólogo de la recopilación de ensayos para el que propuso el título *Del nacer y el vivir. Fragmentos para una historia de la vida en la Baja Edad Media* lo subraya no solo en el título, sino también al nombrar su introducción con la atinada frase “La vida como operador histórico”. Los trabajos que menciona sobre viudas y viudedad foral aragonesa, capítulos matrimoniales o sobre infancia, así como los realizados acerca de las relaciones de amancebamiento, son el resultado de examinar y contrastar numerosísimos testimonios para intentar conocer, desde distintas fuentes y contando con la riquísima y muy explícita documentación aragonesa, los intereses, expectativas y anhelos —manifiestos y tácitos— de los diferentes grupos sociales, extrapolables, en ocasiones, a otras regiones europeas en donde no se dispone de tantas y tan vívidas fuentes. Por poner un ejemplo, me fascinó y me continúa interesando mucho la atención a las ancianas, y también, aunque algo menos, a los viejos de las familias de los cónyuges que se evidencia en bastantes

de las capitulaciones matrimoniales. Y también los interrogantes sutiles que nos plantean ciertas donaciones entre vivos, aquellas en las que resulta patente que la totalidad de lo aportado por quienes donan no justifica el cuidado de las y los mayores en estricto sentido económico. Sin duda hay más en juego que el beneficio que se pueda obtener por prestar unos futuros servicios, tal como han querido ver algunos/as colegas que han pasado muy de prisa por estos tipos documentales. La vida, sí, mucho más interesante y confusa de lo que podría parecer a quienes se aproximan a los textos sosteniendo *a priori* que dos y dos son cuatro. (*Ríe*). Y es que a veces son cinco o tres...

MLG: Una de sus aportaciones más importantes, que procede precisamente del marco de las relaciones familiares, es el estudio de la *ostentatio mammarum* como gesto de autoridad dirigido por las madres hacia sus hijos. ¿Influyó aquel trabajo en el desarrollo de su interés por el ámbito del poder y la autoridad de las mujeres?

MCGH: Me alegra que matice en la pregunta porque la *ostentatio mammarum* tiene poco que ver con el poder, y mucho con la autoridad y la influencia femeninas que, como he tratado de mostrar en diversas ocasiones, no conviene utilizar como sinónimos. Las madres tratan de influir en el hijo concreto o en los hombres-hijos mostrándoles los pechos de los que mamaron (real o simbólicamente). En el caso de una madre singular ante su hijo, el primer texto nos remonta a Hécuba y Héctor en *la Iliada*, y el tema culmina brillantemente en la Virgen María enseñando su pecho o pechos el día del Juicio Final en una cadena de mediaciones para salvar a la humanidad (una representación que sería prohibida por el Concilio de Trento). En el caso de mujeres que tratan de conmovier a hombres armados desnudando su torso hallamos referencias, entre otros, en Julio César y Tácito, y las exhibiciones de mamas aparecen con relativa frecuencia en las escenas medievales de la Matanza de los Inocentes, sobre todo ahora que, puesto que sabemos que existen, las buscamos (*Ríe*). Usted ha reparado recientemente en una muy bella en un capitel de San Juan del Duero, en Soria, ¿verdad?

MLG: Así es, y en muchas otras, pues he de reconocer que las busco con gran expectación cada vez que me encuentro ante cualquier representación de la Matanza de los Inocentes.

MCGH: Sí, a mí me sucede lo mismo... En ocasiones intuyo que estuvieron aunque se hayan perdido, como en las pinturas del Panteón de los Reyes de San Isidoro de León.

Además, contamos con documentos notariales que remiten a una madre, Galaciana de Tarba, que mostró a su hijo, Pedro Cerdán, los pechos en la Zaragoza del siglo xv para recordarle la deuda que tenía con ella por la crianza, y para apelar al amor a Dios y a ella misma, con el fin de influirle para detenerle cuando la ira le cegaba. La madre anciana se tiró al suelo y enseñó los pechos a su hijo para que no cometiera un crimen: un gesto extremo ante una situación crítica.

MLG: ¿Recuerda lo que pensó después de haber encontrado a la primera árbitra? ¿Cómo llegó desde el destello del hallazgo original a la perspectiva reposada y la argumentación sólida de “Árbitras, arbitradoras y amigables componedoras”?

MCGH: (*Sonríe*) En mi Tesis, terminada de redactar en 1987, apenas nombré a las árbitras de pasada por la inseguridad que sentía. La primera mujer a la que documenté arbitrando en el Aragón bajomedieval fue a doña Angelina de Luna, pero cuando intenté contrastar el hallazgo con lo advertido por otras y otros investigadores me quedé desorientada al constatar que, sin excepción, aseguraban que había realizado una mala lectura, puesto que las mujeres no tenían la capacidad de hacer justicia y dictar sentencias. Sin embargo, Angelina es un nombre que admite pocas discusiones en cuanto al sexo. En aquellos años, encontré dos árbitras más en el Archivo de Protocolos de Zaragoza, y Juan José Morales, que estaba revisando los protocolos bilbilitanos, me pasó notas de otras mujeres notables de Calatayud, algunas de ellas esposas de mercaderes, que también habían mediado y emitido sentencias. En 1994, y a raíz de una invitación de mi recordada Maite López Beltrán para dictar una ponencia en la Universidad de Málaga, ya pude presentar con certidumbre lo evidente: las mujeres medievales aragonesas, y no solo las de la nobleza, habían sido escogidas con asiduidad para escuchar a las partes enfrentadas, revisar las pruebas, y dictar laudos arbitrales de obligado cumplimiento, en los que no solo se buscaba la justicia, sino también, en la medida de lo posible, la restauración de la paz y de la concordia entre quienes litigaban. Actualmente el arbitraje femenino es un tema potente y recurrente porque se documentan cada vez más árbitras, arbitradoras y amigables componedoras, y no solo en el Reino de Aragón. Ya sabe usted bien que no suele encontrarse lo que no se busca (*Ríe*).

MLG: Entre todas las mujeres poderosas que ha estudiado, la reina María de Castilla ocupa sin duda un lugar muy destacado. ¿Cómo llegó a interesarse por ella? Y, después de haberle dedicado tanto trabajo y tantas publicaciones, ¿cómo definiría en pocas palabras su figura histórica?

MCGH: A María de Castilla la descubro en el viaje puntual al ACA realizado durante la etapa de compilación de datos para la Tesis que he mencionado anteriormente. Por otro lado, también me llega su leyenda negra a través del libro de E. L. Miron, o tal vez por los *Anales* de Zurita. En 1987 me propuse a mí misma terminar mi etapa investigadora dedicándome a ella, y más después de haber leído los deliciosos estudios de Áurea Javierre Mur. Sin embargo, siempre había otros proyectos que se interponían e iba aplazando esta tarea, hasta que de nuevo fue Ángel Sesma quien me invitó a que indagara sobre el entorno femenino de los reyes de Aragón. A partir de ahí empezó una labor titánica que hoy sé que no voy a culminar, aunque procuraré poner todos los granos de arena que pueda.

María de Castilla es un personaje histórico de primerísima fila, a pesar de que ha sido maltratada por la historiografía, pues unas veces su figura se ha abordado desde un lastimero victimismo reduciéndola a la reina abandonada por su marido,

y otras veces se ha tratado su figura hagiográficamente, ya desde el siglo XV, pues por santa la tuvo Vagad en su *Coronica de Aragon*.

Aún hoy, por ejemplo, no deja de sorprenderme la manía de repetir que la reina era fea porque había pasado la viruela... ¿Acaso no estaba picada también por la viruela Aldonza, la lozana andaluza, que era considerada la prostituta más bella y cara de la Roma de principios del siglo XVI?

María de Castilla es una reina interesantísima. Fue una política muy inteligente, una dama modélica, una mediadora y pacificadora capaz y sagaz (solo hay que observar lo sucedido en la Corona de Aragón tras su muerte), una mujer culta e irónica, con una sorprendente sensibilidad hacia las distintas realidades, normas y costumbres de los territorios que gobernó como lugarteniente, y una promotora religiosa y cultural de talento. Impresionan las cartas que dirige a las y los gobernantes de los diferentes países y a las autoridades eclesiásticas, incluido el papa; además su personalísima voz puede rastrearse porque resuena incluso en las expresiones luctuosas epistolares.

Son tantas las vertientes y facetas de la soberana dignas de análisis que no es de extrañar que en la actualidad tantas y tantos se estén acercando a su figura y a sus extraordinarias fuentes. Se está realizando mucho, pero es muchísimo lo que queda por averiguar, de hecho, ni siquiera sabemos todavía cuándo y por qué motivos la reina califica de reales o de “reginales” sus intenciones y sus realizaciones.

MLG: La Historia de las mujeres en la Edad Media tiene actualmente en la reginalidad una de sus líneas de investigación más transitadas y fecundas. ¿Considera que, a cambio de revelar el papel activo de reinas, infantas y otras mujeres poderosas en los espacios de poder, se ha perdido parte de esa sensibilidad social que impulsó la Historia de las mujeres en los años setenta y ochenta del siglo pasado?

MCGH: No, no lo creo. Sinceramente pienso que el estudio de la reginalidad y de las mujeres poderosas puede y debe coexistir con el conocimiento, cada vez más ajustado y preciso, de las experiencias y aportaciones de las mujeres del común, de las integrantes de los grupos no privilegiados. Se requieren métodos diferentes de indagación vinculados a la nueva Historia política, y a la Historia social y cultural. En la actualidad, a mi juicio, lo que resulta inadmisibile es lanzarse a hacer Historia de las mujeres, sean de la clase social que sean, sin leer previamente lo mucho que se ha trabajado y que no siempre parece trascender en determinados sectores de la Academia.

Además, era evidente que en algún momento se valorizaría y/o revisaría la documentación de las reinas y de las grandes damas, a la luz de una historiografía cada vez más nutrida y, en ocasiones, muy acertada. Sin embargo, eso no ha impedido que se siguieran realizando tesis doctorales como la de Mireia Comas Via sobre viudas barcelonesas de finales de la Edad Media, la de Janire Castrillo Casado sobre las mujeres vascas en la Baja Edad Media, o la de Cristina Pérez Galán sobre las cristianas, judías y musulmanas de Huesca en la segunda mitad

del siglo xv. Ambas líneas de trabajo no son excluyentes, sino distintas e imprescindibles, como también lo es incorporar los logros de las nuevas indagaciones acerca de las formas de religiosidad y el monacato femeninos.

MLG: Ya sean del común, de la nobleza o incluso de la familia real, está claro que las mujeres han sido protagonistas principales de su investigación, pero con ellas usted ha otorgado protagonismo a otros muchos sujetos, individuales y colectivos. Algunas de las aportaciones más recientes y originales las ha dedicado al estudio de la juventud y, más concretamente, de los varones jóvenes, una línea de trabajo en alza tanto en el campo de los estudios culturales como en la Historia de género. ¿De dónde le viene el interés por este tema?

MCGH: El interés por las diversas etapas de la vida viene de antiguo y articula mi tesis doctoral. Por otra parte, las relaciones interpersonales me apasionan y al ahondar en el mundo de la familia inevitablemente se repara en los distintos papeles que cada sociedad asigna (o intenta asignar) a las mujeres y a los hombres de las diversas clases en cada momento de sus existencias. Hay un año especialmente significativo, 1998, en el que soy investigadora principal de un primer proyecto sobre jóvenes concedido por la Diputación General de Aragón. Además, ese mismo año, la revista *Lectora* encargó a Nieves Ibeas la coordinación de un número sobre “Hombres y Feminismo” que nos obligó a pensar a ambas en el asunto. Creo que hacer Historia de las mujeres equipa bien para comprender cómo se construyen las diversas masculinidades y cómo se aprende a ser hombre en las diferentes épocas y grupos sociales. En este sentido, y por citar solamente un ejemplo cercano, me remito a las brillantes interpretaciones de Nerea Aresti sobre masculinidades en la España contemporánea.

MLG: La universidad ha cambiado mucho en los últimos cuarenta años, ¿cómo ha vivido esa transformación desde dentro? ¿Se atreve a hacer una valoración cualitativa sobre el sentido del cambio?

MCGH: Puesto que me pide una valoración cualitativa y no cuantitativa, me atrevo, aunque no sé si le va a gustar (*Ríe*). Verá, a mí me atrae poco la universidad que he vivido en los últimos años, como también me gusta muy poco la cultura dominante. Lo que digo no tiene nada que ver con las personas, que, por regla general, son magníficas tanto dentro del alumnado como del profesorado. Además, reconozco que hay aspectos valiosos y de enorme interés, como, entre otros, la creciente poliglotía de la comunidad universitaria, los intercambios entre países y continentes de alumnado y profesorado, y también el acceso, cada vez más fácil, a muchas fuentes primarias y secundarias gracias a internet. Pero me disgusta el fondo. Lo que hay detrás no me agrada e incluso me asusta; a veces llego a preguntarme si existe un empeño consciente en acabar con las Humanidades y con el pensamiento crítico y la libertad de criterio. Conceptos como competitividad, productividad y burocratización me hacen temblar. Creía, ingenua de mí, que cami-

nábamos hacia una universidad más humana y “humanizadora”, más cooperativa, más profunda, reflexiva y serena, y con menos papeleo, pero la realidad de los últimos cursos me ha ido dejando perpleja. Se pierde mucho tiempo en tonterías, con perdón, y todo va demasiado rápido. A veces producir es sinónimo de acumular y arrastrar, cortar y pegar. Se publica demasiado —y además casi todo el mundo anhela publicar en las mismas revistas—, se fragmenta en exceso el conocimiento, se multiplican las asignaturas, se contabilizan actividades que, en ocasiones, no se han realizado o se han llevado a cabo por obligación y de mala gana. Quizás es que en el otoño de mi vida aspiro más que nunca a ser como el buen monje budista, que hace muy pocas cosas, pero intenta hacerlas bien. Mire. Cuando escribí sobre los jóvenes en la obra de don Juan Manuel, en 1999-2000, estuve meses leyendo toda la producción juanmanuelina para redactar mi contribución a un congreso nacional. Muchos años antes, para realizar mi primer artículo para la revista *Aragón en la Edad Media*, en 1984, manejé más de doscientos documentos inéditos entre testamentos y codicilos. Esos ritmos sosegados y minuciosos resultan hoy impensables para cualquier investigadora o investigador que esté intentando abrirse camino en la universidad.

He disfrutado muchísimo durante todos mis años de investigación y docencia (nunca estuve dotada para la gestión), pero añoro las actividades cordiales y por amor al saber, como en su día fue el Taller de Historia o ahora es el Seminario de Historia Cultural.

MLG: Su docencia siempre ha sido muy bien valorada por el alumnado, a pesar de que sus asignaturas nunca se han encontrado precisamente entre las más fáciles de aprobar. ¿Tuvo algún maestro o maestra que le sirviera como modelo para cumplir con tan magníficos resultados la tarea de enseñar?

MCGH: He tenido tantos y tan excelentes profesores y profesoras que esta pregunta me apura mucho porque estoy segura de que voy a olvidar a personas significativas y maravillosas. La gratuidad y el apoyo incondicional a quienes mostraban interés por aprender los experimenté ya en el bachillerato e incluso antes, como he señalado, pero después, en la Facultad, me dejó huella el Dr. Estébanez, que enseñaba los sábados por la mañana a realizar corte topográfico del mapa topográfico nacional 1/50.000 al alumnado que deseaba frecuentar sus seminarios voluntarios. Confieso que acudía, sobre todo, por acompañar a mi amiga Beatriz Jiménez Blasco, hoy profesora de Geografía en la Complutense, pero iba calando en mí un determinado modo de hacer. Además, las clases eran muy divertidas. Esa entrega generosa a quienes querían saber la reforzó el Dr. Azcárate Ristori, que nos mostraba con entusiasmo y por amor al arte el Arte Medieval de Toledo, Ávila o Segovia. Por supuesto eran tiempos en los que no existían las prácticas externas computables que se pusieron/impusieron y financiaron años después. Por otra parte, me resultan inolvidables las lecciones preparadas con una exactitud y rigor extraordinarios por el Dr. Ladero Quesada, y también las entradas en el aula

del Dr. Mitre Fernández, cargado con libros y libros sobre Historia de la Iglesia, muchas veces de su propia biblioteca, y que prestaba a quienes aseguraran que los devolverían. En las clases de la Dra. Segura Graíño experimenté que no había que temer la participación activa del alumnado.

Intencionadamente dejo para el final las escasas lecciones magistrales que recibí del Dr. Moxó y la asignatura de Derecho Canónico Medieval que cursé con el Dr. Barbero, pues ambos me instruyeron en algo que luego sería fundamental para mí: vivir la docencia con dedicación, amor y dignidad aun cuando la salud no acompañara.

MLG: Quizás una de las claves de ese éxito descansara en su capacidad para integrar en la explicación elementos procedentes de áreas diferentes de la Historia medieval, como la Historia del arte o la Literatura, con objeto de incrementar la capacidad crítica del alumnado y su inquietud científica. Recuerdo especialmente un ejercicio propuesto en la asignatura Tendencias historiográficas actuales, en el que trabajamos sobre la novela *La hora de la estrella* de Clarice Lispector. ¿Cómo llegó un libro como ese a formar parte del material docente de una profesora de Historia medieval?

MCGH: En la medida en la que he sabido y podido he procurado compartir con el alumnado aquellas experiencias y lecturas que me habían enriquecido particularmente. Leí *La hora de la estrella* de Lispector por error... Me explico, en 2003, Ana del Campo y yo formábamos parte de un proyecto de investigación I+D+I coordinado de las Universidades de Barcelona, Gerona y Zaragoza, un proyecto cuyo resultado más visible fue el volumen colectivo *Vidas de mujeres del Renacimiento*. Una vez al mes acudíamos al Centro Duoda de la Universidad de Barcelona en donde llevábamos a cabo un taller de lectura y escritura de biografías de mujeres. Creo que fue Milagros Rivera la que propuso que trabajásemos *Cerca del corazón salvaje* de Clarice Lispector, pero me confundí de libro y analicé a fondo otra obra de la autora, *La hora de la estrella*. En ese libro, al trazar la biografía de la norestina, una mujer insignificante para la Historia, Lispector me enseñó mucho acerca de aspectos que me motivaban y siguen movilizándolo al hacer Historia como la escucha en profundidad, la atención a lo apenas audible, la sencillez, la sutileza, la comprensión y la compasión. De ahí que no fuera capaz de guardarme para mí sola lo que consideré un tesoro y llevara dicho libro al aula.

MLG: Siempre ha defendido el compromiso social de la Historia, como disciplina, y de los historiadores e historiadoras, como personas con capacidad crítica para provocar el razonamiento y desarrollar la sensibilidad por los problemas del pasado y del presente. Sin embargo, la presencia de los y las profesionales de la Historia en la arena pública cada vez es más reducida y, cuando se produce, a menudo se encuadra en formatos como las redes sociales, donde prevalecen la inmediatez y la simplicidad del mensaje, lo que hace difícil difundir interpreta-

ciones fundamentadas y dotadas de un mínimo espíritu crítico. ¿Cómo podemos, los historiadores e historiadoras, cumplir ese compromiso social en un mundo cada vez más sobrecargado de información y, al mismo tiempo, menos abierto a discursos complejos como los que solemos construir en el medio académico?

MCGH: Pienso que, en principio, no lo tenemos fácil. Cuando la vida nos obligó a detenernos y la aldea global vivió en mejores o peores contextos los confinamientos (hasta para estar encerradas/os hay clases, pues no olvide que hubo quienes estuvieron en condiciones infrahumanas), albergué mucha esperanza en que comprendiéramos que teníamos una oportunidad para la reflexión, para volver la mirada al interior, para frenar un consumismo suicida, para comprometernos más a fondo y con respeto mayor en el cuidado de las personas y del planeta, es decir, que tendríamos la ocasión para cambiar el ritmo y dar un golpe de timón hacia la solidaridad y el reparto más justo de los recursos y de los bienes... Ahora lo que más oigo y leo, además de las descalificaciones de los políticos y políticas, es la ansiedad por volver cuanto antes a la situación “prepandemia”. ¿De veras resultaba tan envidiable el mundo que habíamos construido como para tener tantas ganas de regresar al mismo tal y como era? ¿Acaso no habíamos crecido en espíritu crítico y en humanidad ni siquiera un poquito?

Vivimos un desfase tal entre el desarrollo científico y tecnológico y el humano que me da miedo. No se trata de un tópico, no. Le aseguro que hay muchas buenas personas convencidas de que el crecimiento humano es imposible, y eso, además de erróneo, puede resultar desolador. ¿Cómo vamos a proponernos alcanzar una meta en la que no creemos? ¿Cómo lanzarnos a un sueño si de entrada lo calificamos de inalcanzable?

Sin embargo, no crea que estoy desesperanzada, quizás porque soy una optimista incurable, pero percibo aquí y allá destellos de hambre de hondura, de honradez, de conocimiento y de verdad en este tiempo de los “likes”, de las multitareas y de las prisas. El éxito apabullante e inesperado de *El infinito en un junco* de Irene Vallejo, por ejemplo, evidencia que con la superficialidad y con la falta de compasión como plagas, coexiste un gusto por lo bien hecho, por lo cuidado y cuidadoso, por lo narrado con mimo, por aquello que nos educa y nos enseña. También disfruto mucho al ver cómo y cuánto circulan los videos de esta mujer inteligente, culta y dulce agradeciendo recibir un merecidísimo premio aragonés o dando gracias a las y los profesionales que han devuelto la salud a su hijo. La laboriosidad, delicadeza y gratitud de Irene Vallejo en tiempos de vorágine brillan y señalan que hay otros mundos mejores y posibles en los que también cabe y se necesita el discurso de las historiadoras y de los historiadores sensatos.

MLG: Para terminar, ¿podría darnos algunas pinceladas de su investigación actual? ¿En qué tema o temas se encuentra trabajando en estos momentos?

MCGH: Lo cierto es que hoy por hoy trabajo poco. Vengo de un período difícil que me ha dejado muy fatigada. No obstante, me gustaría continuar indagando las estrategias de María de Castilla en la consolidación de uno de los grandes linajes de Aragón. Además, Ángela Muñoz y yo tenemos intención de cooperar para que salga a la luz y se conozca a una de las mujeres hispanas más singulares e interesantes del siglo xv... No digo más. Hasta ahí puedo leer (*Rie de nuevo*).



María del Carmen García Herrero con sus padres, José y Carmen. Paraninfo de la Universidad de Zaragoza, acto de inauguración del curso 2011-2012. Autor: Indalecio Gellida Zaera.



Foto de grupo con alumnado de quinto curso de Licenciatura, en el Burgo de Osma (Soria), 30 de enero de 1993. Autor: Indalecio Gellida Zaera.



Foto de grupo con alumnado del Taller de Historia, en Zaragoza, 26 de marzo de 2004. Autora: Ana del Campo Gutiérrez.